

# CARTHAGINENSIA

Revista de Estudios e Investigación  
Instituto Teológico de Murcia O.F.M.  
Universidad de Murcia

Volumen XIX  
Julio-Diciembre 2003  
Número 36

## SUMARIO

### ESTUDIOS

- Miguel Álvarez Barredo**  
*Núcleos originarios y proceso redaccional de Jue 13-16* ..... 237-280
- Juan Carlos García Domene**  
*De «Sonrisas y lágrimas» a «Bailar en la oscuridad».*  
*Sobre la pluralidad de imágenes de Dios* ..... 281-294
- Antonio Ortín**  
*Presupuestos económicos para un mundo plural* ..... 295-344
- Pedro Riquelme Oliva**  
*El paisaje conventual murciano. Aproximación a la historia*  
*de los conventos murcianos (siglos XIII-XIX)* ..... 347-383
- Luis Carlos Mantilla R., O.F.M.**  
*Fray Jerónimo de Villacarrillo y su renuncia a la mitra de Tucumán*  
*en 1577* ..... 385-392
- Juan B. Vilar**  
*Belluga, imprentas e impresores en Murcia y Roma (1705-1743)* ..... 393-404
- M<sup>a</sup>. José Vilar**  
*El cardenal Belluga y la catedral de Murcia.*  
*Su aportación financiera desde Italia* ..... 405-424
- F. Víctor Sánchez Gil**  
*Sobre título y autoría de un «Libellus de Immaculata Conceptione*  
*B.M. Virginis» atribuido al cardenal Belluga* ..... 425-445

### NOTAS Y COMENTARIOS

- Gonzalo Fernández Hernández**  
*El saqueo de Roma por Genserico, el nombramiento de Avito como*  
*emperador romano de Occidente en el año 455 de la era cristiana y*  
*los orígenes del poder temporal de la Sede Apostólica.* ..... 447-451
- Francisco Henares Díaz**  
*El P. Fermín María y el Cántico de las criaturas* ..... 453-457

**BIBLIOGRAFÍA** ..... 459-504

**ÍNDICE GENERAL** ..... 511-518

## EL P. FERMÍN MARÍA Y EL CÁNTICO DE LAS CRIATURAS \*

FRANCISCO HENARES DÍAZ

Posiblemente el ser humano sea sólo un presumido cuando alguna vez ha exclamado: ¡Qué serían las criaturas y el Universo todo si no hubiera unos ojos que lo miran! Pero no es menos cierto que cuando un hombre genial contempla a las criaturas suben éstas de tono gracias a él, y ese hombre se acrecienta, a su vez, merced a las criaturas.

Es lo que ocurre con el Cántico de Francisco de Asís, y es lo que acaece con este largo y ancho poemario último que nos ha entregado el P. Fermín, publicado en la Serie Minor de la editorial Espigas. Y por esta razón: porque aquí tan protagonista es el Poverello como el Hermano Sol o la Hermana Agua. Esa anchurosa mirada del P. Fermín no podría haberse escrito si a la vez no se sintiera atrapado tanto por el cordón franciscano como por el Cosmos prodigioso.

Parecen cosas evidentes éstas, y sin embargo, en la bibliografía e historio-

grafía no las vemos, de consuno, entrelazadas. Vemos, por el contrario, o bien el canto al santo y su exaltación, o bien a la Creación. Me alegro de que la disyunción se borre ahora, y triunfe la conjunción a la que nos ha llevado el poeta franciscano. Estamos ante el Cántico de un poeta santo, revivido por un hijo de él, también poeta.

No son fáciles los santos poetas, aunque aparenten lo contrario. Si ya de por sí no es fácil ningún santo (al menos, eso creemos alguno de nosotros) ¿cómo lo será uno cargado de sensibilidad por doquier, que habla de islas nemorosas, y del ventalle de cedros, u otro que toma un palo en mano izquierda y empuñando otro en derecha, lo torna sobre aquél como si de un arco de violín se tratara, tocando al Universo una música callada, ante el pasmo de los presentes?

Son palabras y hechos de santo que me introducen en el lugar de este libro.

---

\* *El cántico de las criaturas*. Ed. Espigas, Murcia 2002, 365 pp.

Ha hecho el P. Fermín dos cosas en una. Por un lado, alabar a las criaturas (al cosmos en su santuario, como diría Ernesto cardenal); por otro, alabar a Francisco de Asís. De tal modo, que también podría titularse el libro: Cántico a Francisco de Asís en las criaturas. Juntar alabanzas al Padre Dios por sus obras, y alabar al Padre S. Francisco que las ha vivido así, en un solo intento, es regalo del cielo, y gracia de la Retórica. Hay que añadir una tercera cosa, quizás: que todo eso se ha llevado a cabo de la forma quizás que más engrandeciera, es decir, contestando a fuerza de poesía a lo hecho en un poema tan alto como el Cántico del Santo de Asís.

El regalo ha sido mayor si cabe, porque aquí (tal el Dante que actuaba como guía) Francisco nos va metiendo por las secretas galerías “de todo lo visible e invisible”. Ver la Creación por los ojos de un poeta santo, y que encima te incite ahora a ello un hijo de ese poeta, aumenta las dioptrías literarias para mirar, gozar, comprender, de parte del corazón, que guarda inteligencia emocional. Alabar, construir, encender, dijo un día el poeta cartagenero Antonio Oliver, quien se mostró franciscano en tantas de sus loas. De ello se trata.

Porque existen, en literatura, tres maneras de situarse ante las cosas y las personas: desde abajo, de frente, y desde arriba. El P. Fermín se divierte hacia las dos primeras, y olvida casi siempre la tercera, tan querida del Valle-Inclán de los esperpentos y las farsas. Desde abajo y admirativos espectadores nos pone en gran parte el modo clásico ante el héroe, y también el Omnipotente y buen Señor, de Fran-

cisco de Asís. Todo, como en Clara “clarere voluit”. Todo es deslumbramiento en el amor que mira. De frente, porque este poemario no nos oculta la realidad ante los desvíos del evangelio, o los sufrimientos humanos de las herejías, o los frailes traicioneros de una Regla que no admite “glosa”. Aunque, de todos modos, no falta ahí la vena socarrona que distingue al P. Fermín cuando empitona a cátaros y albigenses que pululan en torno a S. Francisco. Un buzón de originalidad, por cierto. “Herejes de corazón rupestre”, “inoclastas gélidos” son los cátaros. Interesaba que a ese mal-decir de la herejía se dediquen aquí bastantes versos. Frente a lo inhumano y doceta de ellos, el francicanismo de cara gozosa y reunidor.

Quiero dejar apuntado que la última obra de nuestro autor (a sus 90 y pico de años, y la mente perspicaz y entera) es un río de poesía, al modo de Neruda. Lo digo por la cantidad de versos y por la calidad, no reñidas entrambas. Acostumbrados a los libros actuales de poesía confeccionados, por su brevedad, para beber a sorbos, aquí las 362 páginas son lagos de estrofas de leche y miel. Estructurado en 16 Cantos, un “último acorde” y una “postdata”, se convierte la obra en orza grande de poesía. Orza como aquellas de la matanza en nuestros años niños, a saber, donde podías siempre picar y ahondar, y luego siempre quedaba algo sabroso que llevarse a la boca. Río y arsenal de poesía, en efecto.

Naturalmente, los Cantos siguen la estrategia del Cántico de S. Francisco. Y entonces, la orza es más inmensa, porque habrá algunos de nosotros (con-

templativos callejeros, devotos de la luz gozosa de la santa tarde, ecologistas del agua casta) que cuando tengamos hambre de belleza, nos echemos por el Canto del Hermano Viento, o del Fuego robusto, y entremos desde entonces en un portal de luz del que estamos ayunos en nuestra diaria vida de tubos de escape y servodirección.

De poesía, de música, de pintura hay muchos modos de gozar. A sorbos, o encandilados por el festival, lo importante es adherirse a la belleza, que lleva siempre a Dios, aun sin echarlo en cuenta. En el pensamiento franciscano ese es nuestro "Itinerarium mentis in Deum". Todo es bello y radiante con gran esplendor. Y el que no lo crea, que venga aquí y que lo lea. Loado seas, mi Señor, por todas tus criaturas, pero loado seas también por quienes escriben de tus criaturas, y escriben versos con plumas de luz y manos de agua.

La lástima será siempre no haber nunca experimentado la belleza, el cerco de amor que hay en ella. ¿Cómo olvidar ese ir caminando del P. Fermín, sin otra luz ni guía sino la que en el corazón ardía, y hacerlo por cada verso y estrofa del Cántico de Nuestro Padre S. Francisco? Es algo así como explicarse, como tocar los litorales con los ojos para saber, al fin, si es saboreo de deslumbres. Ya en el primer Canto entramos por un dintel que es principio del plan eterno de Dios (y que el evangelio, obviamente, subraya). Es éste: Dios hace cosas grandes con medios chiquitos. Cita nuestro poeta bastantes veces a Theillard de Chardin, pero ahora así: el Universo se adentró en su alma por el resquicio de una acción

humilde. Es exultante que científicos y poetas tengan tan próximos los puntos del plan de Dios. El P. Fermín proseguirá entonces por las mismas trochas, pero no ceñido de pronto al Cosmos, sino al inicio del milagro, es decir, al resquicio: "todo empezó por un beso/ al leproso que arrastraba/ el féretro de su carne". Como si de un romance lírico se tratara, el poeta añade: "viejo y cano era el leproso/ viejo y florido de llagas". Por ahí empezó a ver todo el Universo. "Y vio a Dios a cuatro pasos, /a Dios que se le escapaba".

Si las convicciones evangélicas apuntalan los caminos de la poesía, Dios aprovecha los "resquicios", en efecto. Algo tan sencillo y pobre como la metáfora o la deixis se convierte en guarida de Dios. Hace bien el P. Provincial, F. Oliver (en el prólogo) en contestar al crítico A. J. Arnold. Decía éste que "un poema, cuanto más poético, menos religioso". Me pismo de tal aserto si se entiende así sin más. ¿Qué haremos entonces con Juan de la Cruz y Teresa, con Francisco de Asís y Theillard, con el P. Fermín y Fray Luis de León? ¿Qué haremos con algo en apariencia tan poco poético como la injuria, y el perdón su contricante evangélico? Francisco en su Cántico exaltó a "quienes perdonan por tu amor y soportan enfermedad y tribulación". De no mediar en ese caos la sublimación, ¿se alcanzarían las mismas cotas? Francisco escribe al final de su vida esa estrofa, porque está viendo las violencias guerreras entre el podestá y el obispo Guido. El P. Fermín recoge el trazo (Canto XIII) e insiste en que esos modos andan rompiendo la cósmica hermandad, es decir, la quintaesencia

de todo el Cántico de las Criaturas. Dice: “Abejas y corolas/ como al principio siguen requiriéndose;/ brisas y espigas son una caricia/ que sólo el hombre corta con sus hoces”. Así, ahora santuario de rencores, da lugar a estos versos: “¡Ay corona de torres y castillos,/ Así, Así, mi cruz y mis espinas!”

No es extraño, por ello, que la narrativa ocupe docenas de estrofas en la obra. Se cuenta historia del santo de Así, dentro de todo un cosmos de bienes y conflictos, pero al modo de nuestro teatro del Siglo de Oro, mitad dramático, mitad lírico, mitad anécdota. Ese Canto XIII es uno de los mejores ejemplos. Nada extraño tampoco, puesto que había ya hecho lo propio en obras anteriores. Por ejemplo, en “Murieron los lobos” (1955), y de otro modo en “Francisco de Así. El desafío de un pobre” (1983). Tengo yo en la pared del dormitorio el conocido cuadro de los Desposorios de S. Francisco con Dama Pobreza. Abro, de pronto, al azar, la obra del P. Fermín, y me encuentro esto: “La tierra se le abrió como una esposa/ y cogido a su mano amante y firme, /recorre la creación de punta a punta”. Como sacado del cuadro se nos dice ahí que espíritu tan ardoroso como el de Francisco regresaba, casto, a la experiencia fraternal del Génesis: al árbol nuevo de la vida, a la sombra enamorada, al día que se echa sobre el trigo. Todo es luz para quien con Dios habla.

Quiero también debemos anotar ahora cómo el P. Fermín hace asunción de las lecturas poéticas (un Píndaro, un Virgilio), o de lecturas franciscanistas, o de las mentadas de Theillard, y las va

convirtiendo en traducciones poetizadas. Así con K. Esser, E. Leclerq, N. Kazantzakis, Celano...

Tampoco quiero desconocer una posible pega ante obra tan densa. Me refiero a ese tono moral tan del poeta. Un tono de predicador que se aboca a la parénesis apenas se descuide un punto. La pega es cierta, pero vale más para la actual poesía y la actual literatura, que huye de la docencia, que para otra que ha persistido durante siglos. Casi toda la literatura medieval es pedagogía moral, la del Siglo de Oro (Picaresca y Teatro) es “ejemplar” hasta en la misma novela cervantina. El siglo XVIII tuvo y retuvo en la moral ilustrada casi un empalago. ¿Y qué decir de nuestra novela realista de finales del XIX y principios del XX? ¿O qué decir de ese poeta llamado León Felipe, tan cerca de los profetas bíblicos? Un talante que no es sólo hispano, como saben los enterados.

Sé yo también que sin ese toque de parto moral de púlpito (bajo cuyo tornavoz tanto espacio ocupó el P. Fermín, con fama) no tendríamos al autor que todos conocemos en obras de más de medio siglo. Tampoco tengo por cierto que eso ahogue siempre la poesía, como algunos piensan. Vale esto, por igual, para versos con sustancia, como auténticos pesos de balanza, tal a como ocurría en Calderón, pero sin tanto estrechamiento, ni continuidad redonda. Con su bien decir, muchos de ellos salen pulidos como los ruegos de pedernal en nuestro poeta. Ahí entra también algo que extraña a la actual poesía, pero porque la formación filológico-cultural hoy deja bastante que desear. La poesía no decrece con el

peso. Decrecen, en todo caso, los lectores. Creo, más bien, que puede aquélla subir, como ocurría con la levadura y la masa cuando la llevábamos a la tahona en el escriño. Pondré un ejemplo de esta obra. Hablando de los roces interpretativos de Elías de Cortona, respecto al evangelio sin glosa de Francisco, dice el P. Fermín (Canto XI): “La altura del espíritu coincide/ con la profunda oscuridad del alma./ Sólo aquel que camina /con los pies en la noche como el árbol, /saboreará la miel de la alborada”.

En un arsenal de poesía como éste, el peligro puede estar en la abundancia. O en que la lucha por la forma (pulso, ritmo, cadencia) del verso libre no te traicione en tan largo cauce. Se trata, entre otras cosas, de una cuestión de buen oído, que el autor siempre tuvo afinado. Y se trata de experiencia, porque a veces un enclítico, o un hipérbaton salva la cadencia. O un verso suelto queda resonando como un calderón esparcido. Dice de Francisco que era “frágil como una brisa o un abrazo”, como irisando el son. Otra vez, el tono clásico aparece (regusto de un Píndaro

al canto) como en esta estrofa: “La santa luz de otoño/ aureola la cumbre del Subasio/ y el oro de las vides acrecienta”. O ya inmerso en las escenas de los rencores del podestá citado, nos dice que Francisco entonces soñaba en Gubio, “en lobos y colmillos, y ojos rojos”. Un verso, como se ve, ya de por sí violento por culpa de las “j”, la consonante sorda, la “rr”, y la persistencia de la “o” (8 veces en un endecasílabo). Aquí hay no sólo moral, sino también saber hacer de poesía.

Acabo. No sé si a otros les ocurrirá lo mismo, pero a mí con esta obra me pasaba lo siguiente: gustaba yo de una página, y no quería olvidarla (en razón de una idea o unos versos que se alzaban). Doblaba entonces yo el pico de arriba de esa página. Y así una vez. Y otra. Cojo ahora el libro, bastantes días después, y veo sin sorpresa que son muchos los picos doblados. Esa es la mejor señal de la valía. ¡Ojalá que esta mala costumbre mía contra los libros, cunda entre todos los demás lectores!

Gracias, P. Fermín, por el río de leche y miel. Gracias por el Altísimo, Omnipotente y buen Señor.

